

Música

Largo y denso Brahms

POR Teobaldos

Intérpretes: Euskadiko Orkestra. Tom Borrow, piano. Director, el titular Robert Treviño. **Programa Brahms:** Concierto para piano y orquesta número 1, y cuarta sinfonía. **Programación:** Ciclo de la orquesta. Día: 11-10-21. **Lugar:** Sala principal del Baluarte. **Público:** Tres cuartos de entrada (desde 9,5 a 26 euros).

Al titular de la orquesta le ha dado un esplendoroso ataque *brahmiano*, en este comienzo del curso. Bien,

pero la sesión que hoy nos ocupa, la verdad es que se me hizo larga: más de dos horas sin dejarnos mover del asiento, y con mascarilla, resulta un tanto arduo. Pero, sobre todo, asimilar bien, tanto por parte de los intérpretes, como del público, la densidad de las dos obras programadas, tampoco es tarea fácil. En más de una velada he escuchado el concierto número uno, como plato fuerte en la segunda parte; aquí ocupaba la primera, para luego pasar a la cuarta sinfonía. Toda la velada, un magma sonoro continuo, de densidades ígneas, que nos envuelven placenteramente, sí, pero que también, por momentos, nos abruma un poco. Comenzó la velada con un minuto de silencio en memoria del recientemente fallecido compositor bilbaíno, Luis de Pablo, fundamental maestro de las vanguardias del siglo pasado, que ha influido sobremanera en generaciones posteriores, y que siempre ha tenido un lugar de acogida en la Euskadiko Orkestra. A Treviño le van estas obras de grosor

orquestal, y, ya desde la larga introducción que hace la orquesta en el concierto de piano, se ve su rotundidad y dominio. Otra cosa es que el sonido de la orquesta tuviera la redondez con la que suele discurrir otras veces, sobre todo, en la cuerda aguda. Una vez expuesto el poderoso tema, grande y profundamente, algunos fragmentos me resultaron chillones. Lo mejor del joven pianista Tom Borrow (Tel Aviv 2000), fue la seguridad y el desparpajo con el que se situó en el mismo plano de sonoridad y autoridad interpretativa que la orquesta. Con técnica segura, de esa que parece fácil lo que hace, y sin excesivos aspavientos, -(como parecería corresponder a su edad)-. Con la orquesta, también bastante protagonista, dialogó de tú a tú. En la misma tesitura y plenitud en los tramos en fuerte. En el segundo movimiento sorprendió por su tempo calmado y por desarrollarlo con una temprana madurez. Fue muy aplaudido. La cuarta de Brahms es, la verdad sea dicha,

una de esas grandes fiestas sinfónicas. Treviño la conoce bien, y la desarrolla en toda su grandeza, pero sin adensarla más de lo necesario. Siempre se ha dicho que es una sinfonía de otoño (Claude Rostand); y efectivamente así es, interpretando por otoño esa estación de recolección de los abundantes frutos de todo tipo; o sea la plenitud compositiva de Brahms. El comienzo, deslizantemente suave, se va ampliando y tomando color hasta la bella melodía de los violines, redimidos con un sonido más carnoso. En el segundo movimiento sobresalen las trompas; y las maderas quedan muy bien acomodadas sobre un *pizzicato* de la cuerda rotundo y ajustado. El allegro nos lleva al optimismo, en realidad toda la sinfonía se escucha con actitud positiva, aunque a veces asome un lirismo un poco atormentado. El final es pletórico. La orquesta se moja. Lo da todo. Nos situamos en unas oleadas sonoras que nos elevan (al fondo Bach). Todos, un poco exhaustos de tanta música. Para bien. ●

